

NEW LEFT REVIEW 86

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2014

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Anexiones 5

ENTREVISTA

SULEIMAN MOURAD Los enigmas del libro 16

ARTÍCULOS

NANCY FRASER Tras la morada oculta de Marx 57
ROBIN BLACKBURN Acerca de Stuart Hall 77

SIMPOSIO

PETER DEWS ¿Nietzsche para perdedores? 99
RAYMOND GEUSS Sistemas, valores, igualdad 117
KENTA TSUDA ¿Una comunidad vacía? 128
MALCOLM BULL La política de la caída 137

CRÍTICA

ROB LUCAS Xanadú como Falansterio 149
CHRISTOPHER PRENDERGAST A través del «entre» 159
ANDERS STEPHANSON Un monumento a sí mismo 168

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

ROBIN BLACKBURN

STUART HALL

1932-2014

EL REPUTADO TEÓRICO cultural Stuart Hall, que falleció el pasado 10 de febrero, fue el primer editor de la *New Left Review*. Si bien dejó el cargo en 1962, siguió desempeñando un papel destacado en la *New Left* [Nueva Izquierda británica], en sentido amplio, durante el resto de su vida. Stuart hizo contribuciones decisivas a la teoría y la interpretación cultural. Su obra se impregna de un impulso político que implica tanto un desafío político a los patrones culturales dominantes como un desafío cultural a la política hegemónica. Sus investigaciones ejemplares estuvieron a punto de inventar un nuevo campo de estudio, los «estudios culturales»; de acuerdo con su visión, la nueva disciplina era profundamente política por su inspiración y radicalmente interdisciplinar por su carácter. En lucha con su propia identidad como antiimperialista caribeño en Oxford, Londres y Birmingham, se convirtió en marxista a su manera. Autor o coautor de un centenar de textos, hizo decenas de entrevistas, fue orador principal en otras tantas conferencias y cofundador de tres revistas, arreglándoselas para ser sorprendentemente original y siempre distintivamente él mismo. Llevó casi dos décadas de enfermedad con increíble estoicismo, exhibiendo un apego tenaz a la vida y una intensa curiosidad por el futuro; en todo momento contó con la ayuda de la que fue su compañera durante casi cincuenta años, la historiadora Catherine Hall.

Gran parte del trabajo más original e influyente de Stuart amplió el ámbito de lo político, dando cuenta de las relaciones de poder en el seno de la sociedad civil. Sin embargo, no permitió que una inflación de la micropolítica ocultara las opciones y las instituciones a escala del conjunto de la sociedad. Una y otra vez volvió a la *New Left* en tanto que

proyecto macropolítico siempre exploratorio y pluralista –un elusivo «significante flotante», como podría haberlo descrito posteriormente–, y que fue evolucionando encontrando una nueva expresión en cada década subsiguiente. Fue redactor del *May Day Manifesto* (1967-1968), editor de *Policing the Crisis* (1978), analista del «thatcherismo» (1980), fustigador del «Nuevo Laborismo» (1998) y, más recientemente, flagelo del neoliberalismo y coautor del *Kilburn Manifesto* (2013).

Comienzos

Stuart nació en Jamaica en 1932 de padres de clase media y de sangre mixta (africana, caribeña, portuguesa, escocesa y judía). Su padre trabajaba como contable para la United Fruit Company. En una reveladora entrevista con Kuan-Hsing Chen, Stuart explicó el carácter insidioso del orden racial colonial¹. Sus padres deseaban que sus hijos se ganaran la aceptación de la sociedad blanca, y trataron de prohibirles que se relacionaran con compañeros más oscuros que ellos mismos. Como no podía traer a sus amigos a casa, Stuart se reunía con ellos en otros lugares. No podía entender por qué su padre toleraba la actitud condescendiente de sus colegas ingleses. Cuando su hermana se enamoró de un hombre de Barbados considerado demasiado negro, los padres se negaron a aprobar la relación, provocando con ello una crisis psicológica. Estas perturbadoras circunstancias llevaron a Stuart a rechazar el *ethos* de la sociedad jamaicana y a convertirse en nacionalista y antiimperialista. Leía textos de Marx y Lenin, pero todavía no se veía a sí mismo como marxista. Era también consciente de la compleja cultura política de la isla; Orlando Patterson ha descrito el muy articulado mundo social de las islas del Caribe comparándolas con las ciudades Estado de la antigua Grecia.

Stuart fue a una buena escuela, el Jamaica College, con campo de *cricket* y un cuadro de honor que registra sus logros, y en 1951 ganó una beca Rhodes para Oxford. Después de obtener una licenciatura en Inglés empezó a trabajar en una tesis doctoral sobre Henry James, pero los compromisos políticos le impidieron completarla. Jugó un papel importante en el movimiento de los estudiantes del Caribe en el Reino Unido. Más tarde recordaría una cena de celebración caribeña y africana que tuvo lugar en 1954 para conmemorar la derrota francesa en Vietnam. También visitó

¹ Stuart Hall, «The Formation of a Diasporic Intellectual», en David Morley y Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres, 1996.

Nueva York, donde confirmó su pasión por la música de Miles Davis, aunque aquí también las consideraciones políticas dejaron su huella, y en un determinado momento los contactos del joven activista llevaron a que le fuera denegado el visado de entrada a Estados Unidos.

Estando aún en Oxford, Stuart se unió a Raphael Samuel, Charles Taylor y Gabriel Pearson en la fundación de *Universities and Left Review*, cuyo primer número apareció en 1957. Junto con el *New Reasoner*, que fue dirigido por un grupo de disidentes del Partido Comunista expulsados, entre otros, Edward Thompson, Dorothy Thompson y John Saville, *Universities and Left Review* jugó un papel central en la conformación de la *New Left* en Gran Bretaña, y en 1960 las dos revistas se fusionaron para convertirse en la *New Left Review*. Edward podría haber sido el editor de la nueva revista, pero declinó porque, tras años de intenso compromiso político, quería tiempo para la investigación y la escritura. Stuart daba el perfil. Era un orador fluido y convincente, y su experiencia como editor activo en *Universities and Left Review* hacía de él la elección natural para cubrir el puesto.

Las publicaciones de la *New Left* habían dado lugar a un movimiento, y en diferentes partes del país surgieron unas tres docenas de clubes de esta nueva izquierda. Era la época dorada de la Campaña para el Desarme Nuclear (CND), en cuyo seno la *New Left* jugaría un papel como facción distintiva. La primera marcha de Aldermaston se celebró en 1958, y los clubes *New Left* debatieron sobre política exterior —«neutralismo positivo» era la frase por entonces—, así como sobre política nacional. El London New Left Club se reunía bien en la cafetería Partisan, en Carlisle Street, Soho (que se convertiría en la sede de la *New Left Review*), bien, para reuniones más grandes, en el Marquee Club de Oxford Street. Este último local se reservaba para un lunes o un martes, ya que en las otras noches era uno de los lugares de encuentro del jazz británico con músicos estadounidenses negros que tocaban blues. Allí Stuart hablaría sobre los temas del día, al igual que una amplia gama de oradores invitados, entre ellos Isaac Deutscher, que lo haría sobre «Hungria y la URSS», o Paul Johnson, que se referiría al derrocamiento de la IV República Francesa, por ejemplo.

La *New Left* británica se definía por su rechazo del estalinismo y de la invasión soviética de Hungría, unido a un rechazo de la Guerra Fría y de la invasión anglofrancesa de Suez en 1956. Ni *Universities and Left Review* ni la temprana *New Left Review* se presentaban como revistas

marxistas, si bien se hallaban fascinadas por los escritos de juventud de Marx en torno al tema de la alienación. Charles Taylor se topó con una edición francesa de los *Manuscritos económicos y filosóficos*, que Marx redactó en París, y escribió un texto divulgativo explicando sus ideas centrales. Stuart y Raphael Samuel utilizaban un vocabulario de resonancias marxistas para analizar el «capitalismo de consumo» o el «capitalismo contemporáneo». Estos términos transmitían la idea de que, por una parte, no estaban ya frente al clásico capitalismo de «barones ladrones» de finales del siglo XIX —esta era, conscientemente, una nueva izquierda para un nuevo periodo y una nueva cultura—, pero que, por la otra, el keynesianismo y el Estado del bienestar, aunque tal vez hubieran domesticado un poco el capitalismo, no habían eliminado sus impulsos básicos. En este sentido quedaba patente el contraste con «revisionistas» laboristas como Anthony Crosland, que creían que Gran Bretaña había entrado en una fase poscapitalista y que, tal y como lo expresaba un célebre documento programático laborista allá por entonces, «La industria británica está sirviendo bien a la nación».

La *New Left* vino a ser asociada con la novedad rompedora y radical que pretendía reemplazar la desfasada política de compromisos de la vieja izquierda, ya fuera en su vertiente comunista o socialdemócrata. La vieja izquierda se asociaba al paternalismo y al socialismo de Estado, a menudo en complicidad con la política de la Guerra Fría, y fue incapaz de romper con las políticas coloniales de las potencias occidentales. Recientemente le comentaba a Stuart que, en retrospectiva, las pretensiones de originalidad de la temprana *New Left* eran bastante ambiciosas. ¿Tanto habíamos leído y experimentado como para proponernos superar a la vieja izquierda tan rápida y completamente? Stuart reconoció con una sonrisa que ciertamente se trataba de una pretensión bastante fantástica, pero de todos modos necesaria. Por supuesto, los historiadores de la *New Left*, especialmente Edward Thompson, Dorothy Thompson y Raphael Samuel, no rechazaban las tradiciones clásicas. Pero Stuart tenía muy presente todo lo que estas tradiciones a menudo dejaban de lado, debido a un conjunto inconsciente de filtros étnicos, raciales y de género inherentes a ellas.

Acompañando este intento de recuperar lo que había sido ignorado o rechazado, hay una determinación de estudiar el presente y, en particular, lo que iba a convertirse en una preocupación central para Stuart: las nuevas culturas del capitalismo. El editorial del primer número de la revista vuelve sobre un tema que él ya había abordado en *Universities and*

Left Review, con ocasión de una discusión sobre «la política de la adolescencia» y la necesidad de responder a una incipiente cultura juvenil de nuevo cuño: «El propósito de debatir sobre el cine o la cultura adolescente en *New Left Review* no pretende demostrar que, de alguna manera, estamos en sintonía con los tiempos y la moda. Antes bien, estas cuestiones –que dan expresión a motivos crecientes de descontento social y proyectan necesidades profundamente sentidas– son directamente relevantes para las resistencias imaginativas de la gente que tiene que vivir en el seno del capitalismo». En aquel momento una serie de escritores, cineastas y dramaturgos fueron estrechamente asociados con la *New Left*, entre otros, Doris Lessing, Colin McInnes, Lindsay Anderson, Dennis Potter y Christopher Logue. Aquel mismo editorial expresaba también el deseo de que «la *New Left Review* propicie un diálogo genuino entre trabajadores intelectuales e industriales»: una ambición difícil, como la experiencia se encargaría de demostrar. Los clubes *New Left* hicieron por propiciar un diálogo de ese tipo, un diálogo que encarnaba la Fife Socialist League [partido escocés a la izquierda de los laboristas], que aún no se había disuelto e incorporado al Partido Laborista, pero el avance era duro. Por entonces el propio Stuart ya había comenzado a analizar las descorazonadoras y paralizantes estructuras del laborismo: sus votos en bloque, sus procesos secretistas y autoritarios de toma de decisiones y sus afiliaciones corporativas indirectas no animaban precisamente a entablar ese diálogo. El hecho de que el laborismo no tuviera ya su propio periódico diario era una señal más de que el partido representaba, más que una idea activa, un interés pasivo.

Nacimiento de la revista

Stuart pasó casi tres años lanzando y editando la *New Left Review*. La revista que produjo, como anteriormente la *Universities and Left Review*, era innovadora y experimental, pero la combinación de análisis y exhortación resultó frustrante para todos los involucrados. La cambiante coyuntura mundial puso al movimiento por la paz en el centro solo para relegarlo a un segundo plano poco después. La crisis de los misiles de Cuba, el Tratado de Prohibición de Pruebas y una vaga distensión entre las superpotencias quitaron el viento de las velas de la CND, aunque a mediados de la década de 1960 todavía podía convocar en sus marchas anuales a decenas de miles, a veces incluso hasta 100.000 personas. La resolución negociada del punto muerto cubano alentó un optimismo que ayudó a marginalizar el movimiento.

Cualquiera que sea la razón exacta, el caso es que la *CND* se desvaneció y los clubes de la *New Left* sufrieron un cierto declive. Además, entre 1962 y 1964 el Partido Laborista de Harold Wilson pasó a representar un desafío para el Gobierno conservador, y durante un tiempo persuadió a muchos de que los laboristas podían ser dignos de apoyo después de todo, en vista de que las circunstancias parecían estar en contra del afianzamiento de una nueva izquierda. En aquella época se aludía a veces a la estrategia de la *New Left* con la frase «un pie dentro y otro fuera», mas no era la primera ni sería la última vez que este tipo de equilibrio iba a resultar hartamente difícil, sobre todo dada la gran disparidad que existía entre los combativos clubes de la *New Left* y las enormes instituciones de los laboristas y sus aliados.

Sería difícil exagerar la profundidad del conformismo cultural y político de Gran Bretaña en la década de 1950 y la persistente influencia que ejercería aún en la década siguiente. Un artículo de la *New Left Review* a cargo de Allan Horsfall, amigo de Stuart, nos transmite poderosamente la densa niebla de conservadurismo que se extendía por todo el país. Horsfall quería que su célula del Partido Laborista pidiera una moción parlamentaria para despenalizar los actos homosexuales consentidos entre adultos. Cuando fue con la propuesta a ver al secretario de distrito local, se quedó algo desconcertado por sus evasivas, hasta el momento en que su esposa salió de la habitación: «Luego me dijo (en voz baja) que, por supuesto, él no había sido capaz de referirse a la cuestión en presencia de su esposa, pero que consideraba mi planteamiento muy poco prudente, habida cuenta de que la homosexualidad era un tema totalmente inadecuado para ser discutido por el tipo de personas que asistían al comité de distrito» (al parecer, el problema era la presencia de mujeres). Cuando, después de meses de presión, Horsfall logró que se abriera un debate sectorial sobre el asunto, los oradores insistieron en que tenían «simpatía por los homosexuales [...], a lo que añadían el desfile habitual de patrañas: “al margen de las líneas del partido”, “conciencia individual”, “suicidio político”». El concejal B estaría «mucho más dispuesto a apoyar la moción de no ser por el hecho de que al menos parte de la agitación en favor de la reforma estaba organizada por los maricas mismos»². Stuart, cuyo fino sentido de la ironía podía ser letal, debió de disfrutar con el ingenio amargo de Horsfall. El artículo apareció en la *NLR* 12, el último número que él editó.

² Allan Horsfall, «Wolfenden in the Wilderness», *NLR* 1/12, noviembre-diciembre de 1961, pp. 39-41.

El problema de Stuart en la *New Left Review* fue su doble papel, como editor y como portavoz de un movimiento. Como editor, era el destinatario de copiosos consejos y críticas, bienintencionados pero a menudo contradictorios, por parte de los treinta miembros del Consejo de la revista. John Saville y Edward Thompson, como presidentes sucesivos del Consejo de la *New Left Review*, contribuyeron fuertemente a este flujo. Años más tarde, Stuart sugirió que Thompson podría haber llegado a lamentar su decisión de hacerse a un lado: «La ambigüedad de la postura de Edward en relación a mí siguió siendo una fuente de tensión en el Consejo Editorial»³. La pequeña oficina de Carlisle Street era sitiada por visitantes a todas horas. Recuerdo que lo visité una vez para discutir sobre una revista estudiantil. Él observó con cierto sarcasmo que la oficina estaba «más llena que Piccadilly Circus», y que teníamos que ir a tomarnos el café a la planta baja. Su generosidad con los colaboradores, jóvenes y viejos, era proverbial, y ofreció mucho ánimo a los editores de *The New University*, varios de los cuales se unirían más tarde al equipo editorial⁴. La guerra de Argelia llevó a una campaña de apoyo a los estudiantes franceses que se negaban a hacer el servicio militar. La revista presentó también una propuesta a la Comisión Pilkington sobre el futuro de la radiodifusión, que según se dice influyó en el pluralismo original –por desgracia, ya desde hace mucho tiempo abandonado– de *Channel Four*. De alguna manera, Stuart halló los recursos para escribir varios artículos de gran calado: sobre Cuba (con Norman Fruchter) y sobre la Europa del «mercado común» (con Perry Anderson)⁵. Hacia los últimos meses de 1961, Stuart, ya cansado de la situación, decidió marcharse, llevándose con él un archivo con largas misivas de Edward. El Consejo acordó que la revista se entregaría a un grupo editorial interino, y mientras que el propio Consejo continuó por un tiempo, Stuart se desvinculó por completo.

La política y la cultura

Las revueltas de estudiantes y trabajadores de mediados y finales de la década de 1960, sobre todo los dramáticos enfrentamientos en Francia e Italia, parecían volver a abrir la opción de una nueva izquierda más allá

³ S. Hall, «The Formation of a Diasporic Intellectual», cit., p. 496.

⁴ Véase S. Hall, «Student Journals», *NLR* 1/7, enero-febrero de 1961.

⁵ Norman Fruchter y Stuart Hall, «Notes on the Cuban Dilemma», *NLR* 1/9, mayo-junio de 1961, pp. 2-12; Stuart Hall y Perry Anderson, «The Politics of the Common Market», *NLR* 1/10, julio-agosto de 1961, pp. 1-14.

tanto del estalinismo como de la socialdemocracia. Stuart era uno de los tres autores originales del *May Day Manifesto*, publicado por primera vez en 1967 y luego, al año siguiente, en versión más extensa, como un especial de la editorial Penguin a cargo de Raymond Williams. El texto avanzaba una seria propuesta de socialismo democrático en todas las esferas de la política social. Arremetía contra la actuación del capitalismo británico, la «modernización» y el gerencialismo wilsonianos, y la colusión británica con el militarismo estadounidense que redundaba en la ampliación de las desigualdades globales. La política y la cultura británicas afirmaban ser posimperiales, pero no hacía falta mucho para que se disparara la nostalgia imperial y los sentimientos raciales, paternalistas y patriarcales aparejados a ella. A medida que el Reino Unido se retiraba del imperio, la identidad misma del país era puesta en duda, y en este sentido Stuart argumentaba que los propios británicos tenían mucho que ganar del abandono de las vanidades de la virtud y el destino nacionales, que tan a menudo habían justificado la agresión en el extranjero y el privilegio racial en el propio país.

El proyecto del *May Day Manifesto* había sido concebido en la calma engañosa de 1967 y fue eclipsado por el teatro de calle, los carteles situacionistas y la huelga general en Francia de mayo de 1968. Por mucha desilusión que todo esto haya implicado, lo cierto es que se iluminaron nuevas dimensiones de la represión y la liberación. Una civilización estaba cambiando. Los sucesos en Francia, la invasión soviética de Checoslovaquia y la ofensiva del Tet en Vietnam nutrieron un nuevo tipo de radicalismo y anticapitalismo, con ocupaciones de fábricas y campus. El radicalismo estudiantil funcionó propiamente como una nueva izquierda, aunque los grupos anarquistas, neosindicalistas, maoístas y trotskistas se disputaron el terreno y rechazaron el término. Estos nuevos aparecidos, con una historia muy diferente a la del laborismo británico «protegido por el poder», fueron como pequeños navíos zanzanados por la estela de grandes movimientos sociales propiciados por los estudiantes, los activistas contra la guerra, los movimientos de las minorías oprimidas, el movimiento okupa, los grupos de mujeres y las luchas antiimperialistas. La comprensión de la dinámica interclasista de los movimientos sociales iba a ser fundamental para el trabajo de Stuart.

En ese momento, la curiosidad por el «marxismo occidental» se había despertado en todos los sectores de la *New Left* en Gran Bretaña, y Raymond Williams estaba empleando –y a menudo reelaborando– las categorías

marxistas básicas para ponerlas a funcionar ante los problemas del presente, y de manera muy especial, ante la cuestión de la cultura contemporánea. En 1964, junto con Paddy Whannel, Stuart escribió un libro sobre las artes populares, y en el mismo año se unió a Richard Hoggart en el recién creado Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham [CCCS], convirtiéndose en director interino en 1968 y director en 1972. Bajo su liderazgo, el Centro de Birmingham se convirtió en la década de 1970 en el trampolín para toda una nueva disciplina –los Estudios Culturales–, cuya intervención teórica se distingue porque busca dar cuenta de forma no reduccionista de la cultura y de las formaciones sociales.

Por entonces los escritos de Stuart estaban menos centrados en la escena política pasajera y más en las estructuras profundas de la ideología y de un consenso precario. Un largo ensayo suyo de 1972 exploraba la importancia metodológica de la «Introducción» de Marx a los *Grundrisse*, de 1857. La influencia de la obra de Louis Althusser y Antonio Gramsci comenzó a dejarse notar con mayor claridad en sus escritos, a medida que combatía con la tenacidad y ubicuidad de los estereotipos raciales y de género, fuertemente arraigados. Edward Thompson, por su parte, estaba preocupado de que muchos de los más jóvenes estuvieran olvidando –si es que alguna vez lo conocieron– la herencia desoladora del estalinismo. La obra de Althusser en particular le parecía a Thompson que involucraba una rehabilitación arcana del marxismo dogmático y del oscurantismo estalinista. La abstracción oracular y circular de las formulaciones de Althusser no dejaban lugar para la prueba de la evidencia y la experiencia. Stuart resistió la embestida de Edward contra la «teoría», y la conferencia de 1978 del *History Workshop Journal* se convirtió en el escenario de un debate clásico, «una confrontación teatral»⁶ entre Thompson y Hall, en la que Stuart respondió poderosamente al asalto de Thompson contra la vuelta a «la teoría» con una defensa de su necesidad en forma de un nuevo *instrumentarium* teórico que fuera capaz de comprender el funcionamiento de la ideología y la construcción de la hegemonía burguesas.

En ese mismo año, junto con colaboradores del Centro de Birmingham, Stuart coescribió y editó *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order* (1978), un excelente trabajo de sociología crítica que arroja luz sobre los «pánicos morales» que se apoderan de la imaginación nacional en periodos de crisis no resuelta. A esto siguió inmediatamente *Culture*,

⁶ S. Hall, «Raphael Samuel (1934-1996)», *NLR* 1/221, enero-febrero de 1997, p. 124.

Media, Language, que reunió algunos de los escritos más influyentes de los documentos de trabajo del Centro en materia de Estudios Culturales desde 1972, es decir, en los años de su mandato como director del mismo. Otra colección con base en Birmingham fue *Resistance Through Rituals* (1976), editada por Stuart y Tony Jefferson, que explora las subculturas juveniles en la Gran Bretaña de posguerra, mostrando su resistencia a la represión sofocante de la época e indagando sobre la cuestión de si es cierto que la resistencia puramente cultural no puede nunca ser eficaz. Años después Stuart insistiría en que aquel trabajo ejerció en su día algún tipo de influencia política directa debido a su noción ampliada de ruptura social, más allá del esquema tradicional de «lucha de clases».

Por todos estos motivos, Stuart sabía que la cultura popular era un terreno resbaladizo. Era, como él escribió, «la escena por excelencia de la mercantilización», y por lo tanto de «los circuitos del poder y del capital»: «El espacio de la homogeneización, donde los estereotipos y los convencionalismos procesan sin piedad el material y las experiencias que atrapan en su red, donde el control de las narrativas y las representaciones pasa a manos de las burocracias culturales establecidas, a veces sin que se oiga ni un murmullo»⁷. *Resistance Through Rituals* no se limitaba a discernir los elementos de la rebelión dentro de la cultura juvenil, sino que también aventuraba un ambicioso esquema de lo que era la coyuntura nacional. Una de sus tablas esquemáticas presentaba en la columna de la izquierda una serie de acontecimientos políticos y en la de la derecha, coincidiendo con cada uno de ellos, una lista de eventos culturales. El periodo referido comprendía los años 1965-1974, cuando el impacto de la década de 1960 se dejó sentir de verdad. Los vínculos precisos entre las manifestaciones contra la guerra de Vietnam y las actuaciones de los Rolling Stones en Hyde Park, o entre la aparición de *Spare Rib* (la revista feminista) y la primera huelga de los mineros, se dejaban a la libre interpretación del lector. Stuart fue el primero en reconocer el impacto del feminismo en su vida y en su pensamiento. Su esposa, Catherine, a quien conoció a finales de la década de 1960, se convertiría en una historiadora feminista pionera, estrechamente involucrada en la revista y el movimiento *History Workshop Journal*, así como en *Feminist Review*. La primera versión del clásico de Stuart «Encoding and Decoding in the Television Discourse» incluye un examen de los westerns de serie B en tanto que películas fundamentalmente preocupadas por las cuestiones

⁷ S. Hall, «What is this “Black” in Black Popular Culture?», en D. Morley y K. H. Chen (eds.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, cit. p. 469.

de género y, sobre todo, por los códigos de masculinidad⁸. Describió a Kuan-Hsing Chen cómo, consciente de la necesidad de un compromiso más profundo con el análisis de género, invitó a algunas feministas a que colaboraran con el Birmingham Centre, solo para ser «tomado por sorpresa» al ver que el feminismo surgía de manera autónoma a partir de las mujeres que ya trabajaban allí, en el curso de una de las dos «grandes» interrupciones de su etapa como director⁹.

En 1980, justo después de su marcha de Birmingham para ocupar la cátedra de Sociología en la Open University, Stuart publicó una larga reseña del último libro de Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*. Era un texto notable, muy comprometido, a la vez crítico y generoso en su respuesta a este «cuadro mental de uno de los más capaces y elocuentes de entre los pensadores marxistas estructuralistas “ortodoxos”, que se pone a sí mismo y a sus ideas en riesgo» en un diálogo patentemente «inacabado» con la obra de Michel Foucault. Stuart concluía que el libro era «de una manera muy especial, ejemplar», con un aplomo reminiscente de lo que habían sido sus términos preferidos de compromiso intelectual, cuando luchaba con sus propias preocupaciones teóricas y políticas en el camino hacia lo que él llamaba «un marxismo complejo». La otra «gran interrupción» en el CCCS en la década de 1970 había sido la cuestión de la raza. En aquel periodo, Stuart se dispuso a analizar las carencias del marxismo recibido a la hora de explicar la fuerza y variedad del racismo, tanto en el pasado como en el presente. Acometió la relectura de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci, un texto fragmentario y elíptico y, por esta misma razón, sugestivo y útil en la búsqueda de una explicación más adecuada. Aunque no fue mucho lo que Gramsci escribió directamente sobre el racismo y el colonialismo, su juventud en Cerdeña lo había, sin duda, familiarizado con el desarrollo desigual y la viva realidad de un régimen semicolonial, lo que ayudaba a explicar su preocupación por la «cuestión meridional». Sus categorías teóricas podían movilizarse para explicar por qué el desarrollo capitalista no dio lugar a la aparición de un proletariado asalariado homogeneizado. Stuart ofreció formulaciones críticas importantes para explicar los efectos supuestamente homogeneizantes de la «ley del valor» en la formación

⁸ Véase Francis Mulhern, *Culture/Metaculture*, Londres, 2000, p. 179 y, en general, pp. 93-131.

⁹ S. Hall, «The Formation of a Diasporic Intellectual», cit., p. 499. Véase también S. Hall, «Cultural Studies and the Centre: Some Problematics and Problems», en Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (eds.), *Culture, Media, Language*, Londres, 1980, especialmente, pp. 38-39.

de la clase en concreto, la idea de que las presiones del mercado de trabajo crean en última instancia un sentido de colectividad:

Ciertamente, cada vez que nos apartamos del modelo «eurocéntrico» de desarrollo capitalista (e incluso dentro de él) lo que realmente encontramos son las muchas formas en que el capital puede conservar, adaptar a su trayectoria fundamental, embridar y explotar estas cualidades particularistas de la fuerza de trabajo, incorporándolas a sus regímenes. La estructuración étnica y racial de la fuerza de trabajo, al igual que su composición de género, puede provocar una inhibición de las «tendencias globales» del desarrollo capitalista racionalmente concebidas. Y sin embargo, estas distinciones se han mantenido, e incluso *se han desarrollado y refinado*, en medio de la expansión global del modo de producción capitalista. Han proporcionado los medios para formas diferenciadas de explotación de los diferentes sectores de una fuerza de trabajo fracturada¹⁰.

Desde este punto de vista, la economía y la cultura política se entrelazan y se agrupan en paquetes históricos tales como la esclavitud colonial o la subcontratación globalizada. Este razonamiento nos lleva a pensar que las formaciones sociales híbridas no requieren meras alianzas de clase, sino identidades políticas y principios que combinen la cultura y la clase de nuevas maneras. Así, en su célebre texto de 1979 «The Great Moving Right Show», Stuart puso empeño en felicitar la iniciativa *Rock against Racism*, que calificó como «una de las intervenciones culturales más oportunas y mejor construidas, y merecedora de un análisis serio y prolongado»¹¹. La campaña no tenía por qué quedarse en el nivel de un multiculturalismo algo soso, sino que podía desafiar la imbricación de raza, capitalismo e imperio, al igual que hicieron Bob Marley y Linton Kwesi Johnson. Y, como Stuart sabía, la campaña la habían puesto en marcha miembros de una de esas «sectas» trotskistas que él criticaba a menudo.

Identidades caribeñas

Los escritos de Stuart sobre la diáspora africana y caribeña plantearon la cuestión de si una experiencia común de esclavitud y colonialismo

¹⁰ S. Hall, «Gramsci's Relevance for the Study of Race and Ethnicity», *Journal of Communication Inquiry*, vol. 20, núm. 2, 1986, p. 24. Este texto fue escrito originalmente para la UNESCO, donde Richard Hoggart trabajaba por entonces. Ha sido reimpresso en D. Morley y K.-H. Chen (eds.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, cit., pp. 411-440. Véase también «Gramsci and Us», en S. Hall, *The Hard Road to Renewal*, Londres, 1988, pp. 161-174.

¹¹ Publicado por vez primera en *Marxism Today*; S. Hall, *The Hard Road to Renewal*, cit., p. 42.

podría haber sido el ingrediente que faltaba para la formación de una identidad anticolonial. En «Cultural Identity and Diaspora» insistió en que, tal y como Franz Fanon había argumentado, la recuperación de las historias olvidadas o reprimidas de opresión y resistencia era una cuestión esencial¹². La recuperación de las heridas del colonialismo solo podría comenzar una vez que «las conexiones olvidadas sean de nuevo restablecidas». Utilizando instrumentos conceptuales de Edward Said, describió la necesidad de superar una cultura del colonialismo que nos impone «vernos a nosotros mismos en tanto que *otros*». Sin embargo, Stuart también insistió en que esa identidad no «procede en línea recta, sin interrupción, desde algún origen fijo». Incluso las historias comunes exhiben mezclas variables de ingredientes similares, como puede observarse con el nacimiento de las religiones y las lenguas criollizadas características del «Nuevo Mundo» (por ejemplo, el *patois* jamaicano y el *créole* haitiano, la pocomania jamaicana, el vudú haitiano, el pentecostalismo nativo, el bautismo negro, la religión rastafari y los santos negros de la América española y Brasil). Estos hechos culturales vitalmente importantes moldean la «geografía imaginativa y la historia» (Said): «Nuestra pertenencia [...] constituye lo que Benedict Anderson llama una “comunidad imaginada”». Al reconocer estos ingredientes adquirimos un necesario sentido de la *présence africaine*, pero sin dejar de atender por ello la cuestión de la *présence européenne*: «El diálogo del poder y la resistencia, del rechazo y el reconocimiento, con y contra la *présence européenne*, es casi tan complejo como el diálogo con África». Más allá de esto existe la *présence américaine*, conocida por su nombre indígena y que respira con el hálito vital de una comunidad imaginada que mira tanto hacia el futuro como al pasado. Esa comunidad no se define por su «falsedad / autenticidad», sino por la amplitud del espíritu que la anima. El viaje no termina en Etiopía, «sino con la música de Burning Spear y “Redemption Song” de Bob Marley». Puede haber momentos de perplejidad en estos pasajes; mientras la prosa sinuosa de Stuart pugna con la «complejidad», uno no está muy seguro de a dónde se quiere ir a parar, pero al final, y hasta el final, Stuart continúa siendo un materialista histórico y cultural que construye argumentos cruciales en favor de una postura totalmente política.

¹² S. Hall, «Cultural Identity and Diaspora», en Jonathan Rutherford (ed.), *Identity, Community, Culture, Difference*, Londres, 1990, pp. 222-238. El libro de Fanon incluía un poderoso prefacio de Jean-Paul Sartre, cuya obra *Questions de méthode* (1964) fue también un punto de referencia significativo para las iniciativas antirreduccionistas en teoría marxista.

En su conferencia sobre Walter Rodney de 1995, publicada en la *NLR* 209, Stuart escribió sobre lo sorprendido que estaba por la transformación cultural de Jamaica: «Cuando salí de allí, Jamaica era una sociedad que no se reconocía ni podía reconocerse como una sociedad en gran parte negra». Cuando regresó tres o cuatro décadas más tarde:

La mayor sorpresa fue escuchar la radio jamaicana. No podía creer lo que oía, que alguien pudiera ser tan atrevido como para hablar *patois*, para leer las noticias con ese acento. Toda mi educación, toda la carrera de mi madre, había sido diseñada específicamente para prevenir que nadie en absoluto, y yo en particular, se atreviera a leer algo de importancia en ese idioma. Por supuesto que se podía decir todo tipo de cosas en el pequeño intercambio de la vida cotidiana, pero las cosas importantes tenían que pronunciarse, bien lo sabe Dios, en otra lengua¹³.

«Thatcherismo»

Stuart fue un locutor y ensayista brillante, y publicó una serie de colecciones históricas. En la década de 1980 presentó programas de televisión de la BBC sobre Karl Marx y sobre el Caribe. También presentó un programa de radio sobre W. E. B. Du Bois, que incluía una grabación del funeral de aquel gran hombre en Accra, con un encomio de Nkrumah, veintidós salvas de saludo y una interpretación tenaz de *La Internacional*. Sin embargo, lo que iba a ser más ampliamente influyente fue el análisis que hizo Stuart de Margaret Thatcher y el «thatcherismo». En la era anterior a Internet sus artículos magistrales aparecían originalmente por primera vez en *Marxism Today* y luego en *The Guardian*, pero esto era solo el comienzo, ya que las fotocopias iban pasando de mano en mano. Stuart había sido durante algún tiempo uno de los intelectuales públicos más prominentes de la izquierda, pero sus trabajos sobre el racismo y la corriente de artículos sobre el thatcherismo le hicieron ganar un verdadero renombre, y no solo en Gran Bretaña. Aquellos de nosotros que habíamos estado inclinados a considerar a los políticos británicos como una serie de mediocres tuvimos que admitir que Thatcher estaba labrándose un papel global. Fue pionera en configurar una nueva política de derechas, forjando una alianza con Reagan y abriendo el camino a la privatización total de los bienes públicos y las industrias. Stuart fue particularmente bueno en la deconstrucción de los discursos a través de los que Thatcher vendía la austeridad y el *laissez-faire* como esenciales para la buena administración del presupuesto nacional, pero sin dejar por ello de ser menos

¹³ S. Hall, «Negotiating Caribbean Identities», *NLR* 1/209, enero-febrero de 1995, p. 12.

mordaz para con la «oposición» oficial. A Thatcher le llevó años completar su programa; mientras tanto, el conflicto de las Malvinas mejoró mucho su capacidad de movilizar el sentimiento nacional, ganándose el respaldo efectivo de la dirección laborista. Stuart comentó: «Más escandaloso que ver los mejores deseos de Margaret Thatcher zarpar con la marina ha sido el espectáculo degradante de la dirección de la primera bancada laborista, remando en su bote tan rápido como podía para no quedarse atrás»¹⁴.

Stuart era consciente de que esto era solo el preludio. En 1987 predijo lo que la «modernización regresiva» de Thatcher requeriría: «Enviar a las mujeres de vuelta al hogar; mandar a los hombres a la Frontera Noroccidental». La promesa para Gran Bretaña venía a ser algo como: «Podrás, una vez más, enviar a nuestros muchachos “allá” para “ondear la bandera”»¹⁵. A pesar de todo esto, el salvajismo del programa de Thatcher pudo haber hecho su «populismo autoritario» vulnerable a una izquierda que, como decía Stuart, «se tomara la democracia en serio». Por una parte, esto quería decir «democracia radical», tal y como la había teorizado su amigo Ernesto Laclau¹⁶. Por la otra, significaba prestar una seria atención a las instituciones arcaicas de la democracia parlamentaria británica, con su sistema electoral de escrutinio mayoritario uninominal [*first-past-the-post*], la «prerrogativa real» y la Cámara de los Lores. Raymond Williams mostró el camino a seguir en un documento titulado *Democracy & Parliament* publicado por Socialist Society en 1982, en el que proponía amplias medidas democratizadoras, incluida, muy especialmente, la reforma electoral. Si los laboristas hubieran sido capaces de ofrecer la reforma electoral a los liberales, habría sido posible una especie de alianza Lib-Lab para expulsar a Thatcher del poder (el sentido de la *Charter 88* fue presionar para lograr algo así, junto con un Parlamento escocés y la abolición de la Cámara de los Lores). Sin embargo, el Partido Laborista prefería la pantomima de Westminster y las anomalías y distorsiones del sistema heredado. La heroica huelga de mineros de 1984-1985 podría haber sido decisiva en la derrota de Thatcher, pero solo, argumentó Stuart, si la dirección del

¹⁴ S. Hall, «The Empire Strikes Back», en *The Hard Road to Renewal*, cit., p. 74.

¹⁵ S. Hall, «Gramsci and Us», cit., p. 167.

¹⁶ Stuart expresó su aprecio por el trabajo de Laclau y Chantal Mouffe en varios lugares, algunas veces explicando que prefería su artículo «Post-Marxism Without Apologies», en *NLR* I/166, noviembre-diciembre de 1987, a su libro más netamente discursivo *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, 1985. Véase, por ejemplo, S. Hall, «Introduction», *The Hard Road to Renewal*, cit. p. 15. En este artículo de la *NLR* Laclau y Mouffe respondían a la crítica que de su libro había hecho Norman Geras, publicada a su vez en *NLR* I/163, mayo-junio de 1987.

sindicato hubiera tendido la mano a todos los empleados en la industria minera, y sólo si el liderazgo del Partido Laborista hubiera elaborado el significado más amplio de la huelga haciendo explícita la cuestión reprimida que dicha huelga planteaba, a saber, la responsabilidad del Gobierno en la rehabilitación de los distritos mineros a medida que el carbón entraba en un declive inevitable. Su opinión era que Arthur Scargill, a pesar de su «gran valor», era demasiado prudente, y creía erróneamente que la huelga podía ganarse sin el voto requerido para darle formalmente un alcance nacional. Sin esa votación, el liderazgo del National Union of Mine Workers [NUM] no logró recabar el apoyo del área de Nottingham ni tampoco el de los sindicatos más pequeños de la industria minera. Con todo, el veredicto final de Stuart fue que, si no hubo una dirección general, fue por culpa de la cúpula laborista: «A falta de otra función, el papel del Partido Laborista es sin duda generalizar las cuestiones de la clase que dice representar. En lugar de ello su principal objetivo fue limitar los daños»¹⁷.

Los artículos de Stuart sobre el thatcherismo llamaron la atención sobre la forma en que la Nueva Derecha combinaba dosis de paternalismo con la reversión a la doctrina del libre mercado. Dado que estábamos ante un giro de gran calado y ante una cuestión fundamental, el apelativo de «populismo autoritario» era de alguna manera demasiado amplio, pues no se centraba con suficiente claridad en la novedad histórica crucial: el resurgimiento del fundamentalismo de mercado. El autoritarismo en la fórmula era, al menos en parte, efecto del desmantelamiento de la protección, lo que dejaba a las poblaciones vulnerables a merced de las fuerzas del mercado. Tal vez «populismo de libre mercado» habría sido un término más acertado, más revelador, ya que a la hora de emprender la desmitificación de las seducciones del capitalismo de consumo, o la demagogia de la retórica de Thatcher, Stuart siempre insistió en preguntar por qué millones de personas eran efectivamente seducidas por ellos. Si la izquierda iba a desarrollar alternativas serias, tenía que partir de la base de un reconocimiento de los puntos fuertes de su oponente. *The Hard Road to Renewal* contenía un ensayo maravilloso sobre Gramsci en el que ofrecía un relato fascinante de las formas sutiles en que se construye la hegemonía desde abajo, así como desde arriba. Por lo visto, sus observaciones sobre el masoquismo de la población británica, que cree que la repugnancia de la medicina que le recetan es una muestra de su eficacia, no han perdido relevancia.

¹⁷ S. Hall, «The Crisis of Labourism», en *The Hard Road to Renewal*, cit. p. 205.

La *New Left Review*, por su parte, publicó varias críticas a la teorización de Stuart del thatcherismo que podrían ser vistas como la encarnación de un exagerado «pesimismo de la inteligencia» y la voluntad consecuente de conformarse con objetivos excesivamente modestos¹⁸. La aparición de la obra de Stuart en *Marxism Today* fue un tributo a las habilidades de su director, Martin Jacques, pero también planteó la cuestión de la filiación general de la obra de Stuart sobre el thatcherismo respecto de la postura de esa revista. Por un momento, a principios de la década de 1980, la revista –que era un fiel reflejo del pensamiento de la tendencia «revisionista» en el seno del Partido Comunista Británico– exploró con aparente aprobación la posibilidad de una radicalización del Partido Laborista y el renacimiento del CND/END (este último, muy inspirado por Edward Thompson). Pero en las últimas etapas de la candidatura de Tony Benn para convertirse en segundo del partido [*deputy leader*] en 1981, la revista se había vuelto más crítica de la izquierda laborista y parecía cómoda con la perspectiva de Neil Kinnock de convertirse en el líder para proyectar, en cambio, una imagen moderada del Partido Laborista. Eric Hobsbawm instó categóricamente –y con un impacto real– a rechazar el *bennismo*.

La izquierda laborista quedó muy debilitada por la derrota de Benn en las elecciones a *deputy leader*. Los miserables resultados obtenidos por el partido en las elecciones de 1983 fueron otro varapalo, agravado porque Benn perdió su escaño. Ahora fuera del Parlamento, el abanderado más dotado de la izquierda no pudo estar en la lucha por el liderazgo que siguió a las elecciones. Todavía había una izquierda en algunos sindicatos y autoridades municipales, pero fueron incapaces de evitar la abolición del Greater London Council, que Stuart defendió hasta el final. Combinado esto con la derrota demoledora de los mineros, el cambio de época que Stuart había previsto estaba evidentemente en marcha, y sus efectos eran manifiestos tanto en la izquierda como en la cultura política general. Como colaborador de *Marxism Today*, Stuart era responsable solo de sus propios textos. Sin embargo, la crítica de Ralph Miliband del «nuevo revisionismo» (publicada en la *NLR* en 1985), a propósito de la tendencia política general que la revista

¹⁸ Bob Jessop y sus coautores, en «Authoritarian Populism: Two Nations and Thatcherism» (*NLR* 1/147, septiembre-octubre de 1984), criticaron lo que consideraban como la exaltación de la ideología –e ignorancia de lo económico– en el análisis que hizo Stuart del thatcherismo. Pero no hay que detenerse mucho en los escritos de Stuart para constatar que lo económico es analizado de modos muy relevantes: «Gramsci insistía siempre en que la hegemonía no es un fenómeno exclusivamente ideológico. No puede haber hegemonía sin “el decisivo núcleo de lo económico”»: «Gramsci and Us», *Hard Road to Renewal*, cit. p. 171.

iba adoptando cada vez más, se centró precisamente en las intervenciones de Eric Hobsbawm y Stuart Hall. Ralph fue cortés y respetuoso en el rifirrafe con sus amigos, pero lo cierto es que algunas de sus críticas políticas esenciales daban justo en la diana¹⁹. En particular, se opuso a la opinión expresada por Hall y Jacques, según la cual la ulterior trayectoria catastrófica del thatcherismo debía ser bloqueada, por «amplias alianzas» dirigidas a «objetivos muy modestos»²⁰. Exactamente en qué debían consistir estos objetivos no fue detallado. Los conservadores de Thatcher nunca obtuvieron más del 44 por 100 de los votos, y a menudo sus resultados estuvieron bastante por debajo de esa cifra. Su eventual destitución a manos de sus propios colegas en 1990 fue un reflejo de la conciencia general de que Thatcher se había convertido en una carga. Sus políticas habían sembrado la división y el odio. Regiones enteras se habían arruinado, y el aplastamiento de los mineros había sido un espectáculo brutal.

Ralph tenía buenas razones para cuestionar la eficacia de los «objetivos modestos» y para dudar de que serían suficientes a la hora de enfrentar un fenómeno tan poderoso como ese thatcherismo que Stuart había delineado. El verdadero cariz de las medidas que debían adoptarse seguramente depende en cada caso del contexto y de las fuerzas sociales. En la Gran Bretaña de Thatcher había una serie de principios y políticas que podrían haber tenido un impacto muy radical y que podrían haber sido defendidas en tanto que cuestiones de decencia elemental y de «sentido común»: frenar a los bancos, prestar atención gratuita a la infancia, confrontar la homofobia, aumentar los impuestos a los ricos, poner fin a Trident y a los misiles de crucero o abolir la Cámara de los Lores. La oposición de Ralph a «diluir enormemente los compromisos radicales», como él decía, no le impidió apoyar la *Charter 88*. Y, en efecto, en su introducción a *The Hard Road to Renewal*, Stuart escribió que no apoyaba que dichos compromisos quedaran diluidos²¹. Sin embargo, no se equivocó al distanciarse de la confianza que Ralph depositaba en que las grandes confrontaciones de clase volverían pronto y en que los inmensos recursos de los movimientos obreros en última instancia prevalecerían.

¹⁹ Ralph Miliband, «The New Revisionism in Britain», *NLR* 1/150, marzo-abril de 1985, pp. 5-28.

²⁰ Stuart Hall y Martin Jacques (eds.), «Introduction», *The Politics of Thatcherism*, Londres, 1983, p. 16.

²¹ Semejante dilución es «una preocupación que tenemos que tomarnos en serio, pero que no debe ser [...] un pretexto para posponer un reexamen radical del conocimiento convencional de la izquierda». S. Hall, «Introduction», en *The Hard Road to Renewal*, cit. p. 11.

Ralph observaba con razón que a lo largo del siglo XX Europa había sido desgarrada en varias ocasiones por enfrentamientos trascendentales entre las clases. Pero 1985 marcó el comienzo de casi tres décadas de desmovilización de clase y de desmoralización, las huelgas de todo tipo se hicieron raras e incluso las grandes manifestaciones no pudieron controlar el avance implacable del neoliberalismo.

Ralph subestimó los efectos de la recomposición global de largo alcance del capital y del trabajo que tuvo lugar con el cambio de siglo. Si hubiera mirado a Sudáfrica, Corea del Sur o Brasil –todos ellos, países en los que la acción sindical ayudó a impulsar la democratización– tal vez podría haber sido capaz de reformular su argumento de tal manera que se hubiera conciliado con el de Stuart en el terreno de las nuevas realidades. En una reflexión sombría y sobria, advirtió de que cualquier derrota o contención profunda de la clase obrera tendría consecuencias nefastas, ya que «el principal (no el único) “sepulturero” del capitalismo» seguía siendo la clase obrera organizada:

Si, como a uno le dicen constantemente que es el caso, la clase obrera organizada no está dispuesta a hacer el trabajo, entonces este trabajo no lo hará nadie, y la sociedad capitalista continuará vigente, generación tras generación, en tanto que sistema social conflictivo, crecientemente autoritario y embrutecido, envenenado por su incapacidad para hacer un uso humano y racional de los inmensos recursos que el propio capitalismo ha creado, a menos que, por supuesto, el mundo sea arrastrado a una guerra nuclear. Nada ha sucedido en el mundo del capitalismo avanzado ni en el mundo del trabajo que respalde esta visión²².

La última frase de este pasaje debe hacernos reflexionar. Ciertamente, la persistencia del capitalismo ha supuesto brutalidad y derroche a una escala gigantesca, pero también ha dado lugar a manifestaciones y acontecimientos sociales trascendentales a través de los que millones y millones de personas han buscado entrar en la historia de su país y en la del mundo. El extenso trabajo de Stuart sobre las formaciones de clase híbridas y el capitalismo desbocado es útil para pensar los dilemas que plantean «nuevas masas» (como las llama Göran Therborn) que han surgido en Brasil, Grecia, Egipto, Turquía, Ucrania, y que quién sabe dónde surgirán en el futuro²³.

²² S. Hall, «Introduction», *The Politics of Thatcherism*, cit. pp. 13-14.

²³ Göran Therborn, «New Masses?», *NLR* 85, enero-febrero de 2014 [ed. cast.: «¿Nuevas masas?» *NLR*. 85, marzo-abril de 2014].

¿Nuevos tiempos?

Desde 1988 hasta su desaparición en 1991, *Marxism Today* publicó una serie titulada «New Times» que dio lugar a algunas piezas que invitaban a reflexionar, si bien su tono general era demasiado eufórico e impedía otear las nubes en el horizonte. A propósito de la acusación de que «*Marxism Today* engendró a Blair», Martin Jacques tuvo la franqueza de escribir en 2006 que había «un elemento de verdad en ello», ya que tanto el Nuevo Laborismo como *Marxism Today* «reconocieron la obsolescencia de gran parte de las tesis de la izquierda»²⁴. Sin embargo, insistió: «El proyecto de *Marxism Today* era la creación de un nuevo tipo de izquierda», mientras que el proyecto de Blair era todo lo contrario, «es decir, la aquiescencia con la agenda thatcheriana y una negación de la noción misma de izquierda». Añadió que lamentaba que «no se hubiera puesto suficiente énfasis en los valores esenciales de la izquierda, tales como la equidad y la noción de lo público», o que por culpa de un enfoque «abrumadoramente occidentalista», no se hubiera «prestado atención a la raza y al origen étnico». No hace falta decir que Stuart no tenía la culpa de todo esto. Tal vez Jacques exagerara con esta autocrítica, así como una vez sobrevaloró «New Times». Y, en todo caso, mejor que la autocrítica es siempre sentir la necesidad de rectificar. Hobsbawm, Hall y Jacques se unieron para producir un número especial y exclusivo de *Marxism Today* en noviembre de 1998, un año después de la llegada de Blair al poder, dedicado a hacer una crítica demoledora del Nuevo Laborismo y su rendición al por mayor a la agenda de Thatcher. La portada de la edición mostraba una foto del líder laborista con la palabra WRONG [«error»] deletreada al pie en grandes caracteres. El artículo de Stuart se titulaba «The Great Moving Nowhere Show».

Para entonces Stuart ya había ayudado a fundar una nueva revista, *Soundings*, que representaba una nueva iteración en el campo de las publicaciones *New Left*. *Soundings* fue su más importante foro de opinión en la última fase de su vida; una entrevista con Bill Schwartz a finales de 2007 le permitió referirse a la «remilitarización» de las relaciones entre «Occidente y el Resto», y evocar las consecuencias extremas de la guerra y la globalización para muchos millones de personas: «La gente es desplazada de sus hogares, obligada a atravesar fronteras, a vivir en campamentos de tránsito, a hacer de polizones en las entrañas de

²⁴ Las palabras de Martin Jacques son una cita de su introducción al archivo de *Marxism Today* en www.amielandmelburn.org.uk (consultado el 25 de marzo de 2014).

los camiones o debajo de los aviones, a endeudarse de por vida»²⁵. Las convulsiones de la guerra y del fundamentalismo de mercado comienzan a alimentarse entre sí. Respondiendo a una pregunta, Stuart mostró su preocupación por que en ocasiones su trabajo sobre la diferencia y el thatcherismo se hubiera acercado demasiado a su objeto, pudiendo malinterpretarse como una especie de recomendación, cosa que en efecto ocurrió a veces. El mercado prosperaba en la diferencia y Tony Blair estaba exultante de pasar por aprendiz de Thatcher.

Apenas el año pasado, Stuart fue coautor, junto con Doreen Massey y Michael Rustin, de la salva de apertura del «Kilburn Manifesto»²⁶, una mordaz acusación del modelo neoliberal que ha reordenado el mundo en las últimas tres décadas. En el momento de la crisis asiática, de la burbuja de las empresas *dot.com* o del estallido de 2008, algunos observadores habían llegado a la conclusión apresurada de que el fundamentalismo de mercado había terminado, que estaba muerto y desacreditado. Pero Stuart y sus coautores sostienen que no es este el caso, ni de lejos. Observan que el medio elegido para hacer frente a estas crisis en realidad ha fortalecido a los bancos, ha agravado las desigualdades, ha redistribuido la deuda y engendrado nuevas formas de inseguridad. El orden neoliberal ha sido promovido por la OTAN y otras alianzas estratégicas (con Israel) y ha fomentado una globalización vinculada a un nuevo «imperialismo financiero», respecto al que Londres ha sido una sede crucial de «invención y difusión», impulsado por una búsqueda planetaria de nuevos activos. La privatización, la especulación de la tierra y la espiral de los mercados de futuros alimentan los nuevos circuitos (a los que el Gobierno de Reino Unido acaba de añadir la «liberación» –o privatización– de los fondos de pensiones). El Partido Laborista sigue paralizado por el recuerdo de su papel en el gobierno como comparsa del neoliberalismo; se ha quedado «sin palabras» ante la acusación de haber iniciado el curso que el Gobierno de Cameron está ahora completando, y «parece trabársele la lengua» cada vez que se le invita a enunciar una alternativa. «El Partido Verde hace de puente entre los movimientos ecologistas y la política dominante», observan los autores, dejando abierta la cuestión de si esta u otra formación podría proporcionar la oportunidad

²⁵ «Living with Difference: Stuart Hall in Conversation with Bill Schwartz», *Soundings*, invierno de 2007, pp. 148-158.

²⁶ Stuart Hall, Doreen Massey y Michael Rustin, «After Neoliberalism: Analysing the Present», *Soundings*, primavera de 2013. Stuart vivió en la zona de Kilburn, al noroeste de Londres, al igual que sus colaboradores.

tan largamente buscada para construir una nueva izquierda, abriendo el debate sobre el camino a seguir.

En 1990, mirando atrás a la temprana *New Left*, Stuart reafirmó su impulso básico en tanto que justificado y hasta oportuno²⁷. Cinco años más tarde lo haría de nuevo, ante la tumba de Raphael Samuel²⁸, en el mismo cementerio de Highgate donde ahora yacen también sus restos –a unos cincuenta metros de distancia de los de Raphael y cerca de los de Karl Marx, Ralph Miliband y Eric Hobsbawm. Nos deja como herencia un compromiso continuo, un nuevo horizonte y una tarea difícil.

²⁷ S. Hall, «Life and Times of the First New Left», *NLR* 61, enero-febrero de 2010, pp. 177-196.

²⁸ Véase «Raphael Samuel (1934-1996)», *NLR* 1/221, enero-febrero de 1997, cit.